

tentaran con el humilde acercamiento de súplica que con la arrogancia del galardón. ¿Cabe más distancia al imperio de la poesía que la región del «tren expreso», la de «a buen juez mejor testigo» o «la canción del pirata»? No es que al delatar a Campoamor, Zorrilla o Espronceda cobijemos a miles desechando a otros. Cito a los habidos por poetas en las crestomatías. Todo lo que se puede decir, sentir o expresar en prosa no es poesía, siquiera sean estrofas maravillosamente cinceladas, leyendas de evocación sugestiva o guías de ferrocarriles compuestas en verso rimado para entretener ocios románticos en las forzosas esperas de nuestros viajes.

Es la poesía la que pone en boca del poeta consonancia, metro y número. Por eso es ociosa la problemática de rima o verso libre, de consonancia o asonancia. Lo que el poeta dice, si poeta, sólo se puede decir como se dice. Ni siquiera como lo diría mañana.

Porque el aliento es poesía no hay poesía de lo inerte. La poesía, como el Mefistófeles de Goethe, no se encuentra a gusto con cadáveres. El aliento, al vivir en el lenguaje, nace con medida conveniente. Rimad con rima perfecta a Bécquer y morirán en él los minutos sublimes que tuvo de poeta. La perfección en la rima sería veneno de la gracia. Alguno habrá que descuide la lectura por fácil o por su contenido, que se le antojará enfermizo y romántico; y, sin embargo, ¿cabe mayor equivocación y gratuidad de juicio? ¿Se han fijado ustedes—yo no lo he visto recogido aún por nadie—que no hay poeta con lenguaje *tan piadoso de sabiduría* y sencillez como Bécquer? Sus palabras sólo le sirven para establecer el paralelismo de lo que ve con el aliento que quiere trasfigurar lo que canta. En las golondrinas, el juego del volverán-no volverán, en las palabras que despertarán un amor que no es el amor, en el silencio de los muertos poblado

